



## Un recuento histórico de las luchas geopolíticas entre Ucrania, Rusia y otros

Serhii Plokhy (2021) *The Gates of Europe: A History of Ukraine*. (Revised ed). Nueva York: Basic Books, xxvi + 407 pp. ISBN: 978-04-65094-86-8.

El libro *The Gates of Europe: A History of Ukraine. Revised Edition* del historiador ucraniano Serhii Plokhy, profesor de la Universidad de Harvard, es un *tour de force* sobre la larga historia de la región que hoy en día conforma la nación de Ucrania. Aquí reseñaremos *The Gates of Europe* enfocándonos principalmente en los aspectos geopolíticos que contenga, aspectos tan importantes hoy en día para comprender la actual Guerra Ruso-Ucraniana que empezó en 2022, así como esenciales para entender el sobresaliente papel de Ucrania en la política internacional de los últimos años y del futuro cercano. Desde las primeras páginas del texto Plokhy nos indica que la nación ucraniana tiene “much right to brag about their role in changing the world” (p. xxi). Este comentario alude, como veremos, casi exclusivamente, al cambio geopolítico/militar del mundo.

Aunque el autor sí revisa los aspectos religiosos, culturales y artísticos de los ucranianos, lo hace de una manera marginal. En otras palabras, en el libro de Plokhy no encontraremos un recuento completo de la historia cultural o intelectual de Ucrania. En lugar de lo anterior, tenemos un estudio tradicionalmente político-histórico, a saber, un estudio que detalla cómo los ucranianos han frecuentemente *cambiado la geoestrategia y la geopolítica globales* —muchas veces sin proponérselo—. Dada su situación geográfica, el territorio ucraniano en efecto ha sido durante siglos una barrera que “protege” a Europa contra las invasiones (orientales) (p.xxiii), de aquí el interés actual de los europeos del occidente y del centro del continente (especialmente Alemania y Polonia) por ayudar a Ucrania contra la invasión que está sufriendo por parte del ejército ruso, una invasión (oriental) que podría extenderse a otras partes de Europa oriental —suceso que podría ocurrir al menos según la interpretación de algunos europeos—.

Bien nos refiere el autor que es en Ucrania donde el “Occidente” empezó a definirse a sí mismo (p.3), al menos geográficamente. También es útilmente subrayado por Plokhy que, desde fechas tan tempranas como el siglo VI d.c., los eslavos comenzaron a diferenciarse entre “eslavos occidentales” y “eslavos orientales” (p.19), una cuestión que tendría fuertes consecuencias socioculturales y políticas en los siglos siguientes, y aún hoy en día. Después de unas pocas décadas del establecimiento del Kyivan Rus (durante los últimos años del siglo IX), una entidad política ancestro de Ucrania, los habitantes de esta entidad se inclinaron en la imitación político-cultural del “Oriente” y no del “Occidente” de la época, es decir, emularon

al Imperio Bizantino (p.31) y no a los reinos medievales occidentales. La cristianización del Kyivan Rus fue realizada por la Iglesia Ortodoxa (oriental) y no por la Iglesia (occidental) católica; esto provocó que el Rus se abriera geográficamente a las influencias políticas y culturales del Mediterráneo oriental (p.35). La mencionada apertura y los matrimonios de los hijos e hijas del soberano Yaroslav, como bien enfatiza Plokhy, causaron que el Kyivan Rus obtuviera una posición geopolítica inmejorable en todo Europa (p.38). No obstante, tal preponderante posición fue degradándose en el siglo y medio de existencia del Principado de Kyev (912-1054), a causa del “change in the geopolitical aims of the Kyivan princes, [...] [which] reflects the reduction of their political loyalties from the entire realm of Kyivan Rus’ to a number of principalities defined by the term <Rus’ Land> and eventually to peripheral principalities” (p.48). Estos cambios políticos “medievales” en Europa oriental también serán la materia prima que emplearán los historiadores y los políticos para construir el nacionalismo ucraniano contemporáneo.

Plokhy asimismo confirma que las invasiones mongolas de las regiones ucranianas modificaron la configuración geopolítica de la Europa oriental por siglos, desde el siglo XIII y hasta el XVI, pues es en este último siglo cuando los mongoles y sus descendientes perdieron toda la hegemonía en la región. De forma interesante, Plokhy empuja al lector a apreciar que los historiadores han tenido posturas contradictorias con respecto a la dominación mongola, desde aquellos que consideran a los mongoles como opresores feroces hasta los que no los consideran intrusivos (p.50). Esta observación confirma la postura no-nacionalista, anti xenófoba y que aspira a la imparcialidad del autor, es más, Plokhy nos enfatiza que los mongoles no devastaron Crimea y que esta zona “remained a comercial hub”, lo cual propició incluso un link geopolítico entre las estepas euroasiáticas y el mundo mediterráneo (p.54).

De forma igualmente interesante, el libro establece que sólo hasta que los mongoles perdieron el dominio de las estepas eurasiáticas fue posible la aparición por primera vez de la idea o, mejor dicho, del término de “Ucrania” (en el siglo XVI) (p.72) y que no fue sino hasta el (más) tardío año de 1639 que fue realizado el primer mapa de Ucrania (p.84). El autor nos provee de nuevo de su encomiable perspectiva que intenta una neutralidad ideológica cuando afirma que nunca se han podido establecer fronteras culturales claras entre las regiones católicas y ortodoxas de Ucrania (p.85). Este punto permitirá a Plokhy afirmar con certeza que Ucrania, desde su propio “nacimiento” geopolítico, ha sido una nación multicultural (postura que contradice la idea de Ucrania que poseen países como Rusia).

Durante el siglo XVII vuelve a ocurrir un viraje geopolítico en las regiones ucranianas: uno de los principales hetmanatos cosacos fue absorbido dentro de la esfera de influencia del Imperio Turco Otomano (p.101). Sin embargo, el Tratado de Pereyáslav de 1654 colocó a Ucrania de una forma más fuerte dentro de la esfera geopolítica de Rusia (pp.104-105), por sobre la otomana o la occidental. A partir de aquí debemos de entender que la historia cultural y política de Ucrania y de Rusia se entremezclaron indefectiblemente, según considero, de forma parecida a como la historia de Inglaterra se entremezcló con la de Escocia o, quizá en otra apropiada analogía, como se correlacionó la de Mongolia con la de China en la modernidad. Tras la batalla de Poltava de 1709 Rusia adquirió aún más poderío geopolítico, lo que a la postre les permitiría a sus gobernantes o a sus ideólogos

afirmar (con o sin nada de razón) que la “nacionalidad rusa” abarcaba a los rusos, a los bielorrusos y a los ucranianos (p.153). La historia de la construcción de la nación ucraniana se complica aún más si consideramos que la moderna capital ucraniana, Kiev, no fue erigida por los ucranianos sino por los rusos (p.155).

En la segunda mitad del libro (a partir del capítulo 14, y hasta el último capítulo, el 28), el autor aborda a Ucrania desde el siglo XIX hasta lo que corre del actual siglo XXI. Es comprensible que se dedique la mitad de un extenso libro a la Ucrania de la época contemporánea (a los últimos dos siglos y medio), en tanto que Ucrania es en efecto una nacionalidad que nose formó realmente hasta la Época Moderna. En el capítulo 16 nos comienza a hablar Plokyh de la construcción de la infraestructura y de la industria ucranianas. Lo dicho fue un punto esencial para el devenir mundial en tanto que tales infraestructura e industria no sólo cambiaron la historia de Ucrania sino también la historia geopolítica internacional: como refiere el autor oportunamente, las vías de trenes que conectaron Sebastopol y Ucrania con San Petersburgo cambiaron la fisonomía económica de toda la Europa Oriental (pp.176-177) y de lugares aún más lejanos. Pero no debemos de perder de vista que toda esta transfiguración socioeconómica del siglo XIX fue impulsada por los rusos.

A principios del siglo XX, entre 1907 y 1912, nos encontramos que en Ucrania triunfa el nacionalismo (pro)ruso (p.197), lo cual provocó a su vez un amplio movimiento social para que Ucrania lograra independizarse de Rusia (p.205). Sin embargo, tuvieron que ocurrir otros dos grandes acontecimientos radicales, la Gran Guerra (1914-1918) y la Revolución Rusa (1917), para que el 22 de enero de 1918 los ucranianos obtuvieran su independencia de Rusia (p.208). Asimismo, en 1919 fue finalmente lograda la unificación de la Ucrania occidental (alguna vez ocupada por Austria y por ende con inclinaciones hacia tal país) con la Ucrania oriental dominada por los rusos (p.215).

No obstante, en 1922, la Ucrania oriental volvió a caer, y creo que con más fuerza, dentro de la “esfera” de poder de Rusia, que ahora tenía la forma/hegemonía de la Unión Soviética (p.229); diferente nombre, mismos dominadores. Desde aquí y casi hasta la conclusión del texto el autor sumerge provechosamente al lector dentro de la relación ruso-ucraniana en el contexto soviético. La Ucrania oriental fue publicitada por los soviéticos “as a beacon of Ukrainian nationhood”, en contraposición con la Ucrania occidental, que en los 1920 estaba fuera de su orbe, donde muchos “experienced oppression of almost all forms of their communal and cultural life” (p.235).

No obstante, sabemos que los dirigentes soviéticos —esto es, los rusos— beneficiaban materialmente a los ucranianos porque tales acciones también redundaban en su propio beneficio. Por ejemplo, por instigación de los rusos fue creada la presa Dniprohes (p.247) la cual no sólo proporcionaría energía eléctrica a Ucrania, sino que la proporcionaría a toda la Unión Soviética. Tiempo más tarde, durante el régimen de J. Stalin en los años 1930, la opresión soviética ejercida en la población de la Ucrania se dispararía exponencialmente. La monstruosa hambruna de Holodomor fue testimonio de lo anterior: “Hundreds of thousands starved, and more than 80,000 died of hunger in 1932 in the Kyiv region alone. Especially hard hit were the sugar-beet production areas southwest of Kyiv, around the cities of Bila Tserkva and Uman” (p.250). Y la hambruna no se circunscribió al año de 1932 sino

que continuó, y de una peor manera, en 1933: “Odesa and Dnipropetrovsk, both lost in excess of 300,000 people died of hunger in 1933 [...], close to 4 million people perished in Ukraine as a result of the famine, [...] every eighth person succumbed to hunger between 1932 and 1934” (p.253). La hambruna fue entonces una catástrofe humanitaria provocada por una inintencionada mediocre administración —aunque, algunos incluso argumentan, por una inmoral política totalmente deliberada— de parte de los soviéticos.

La verdad es que, en cuanto a la Ucrania oriental —o toda Ucrania, valga decirlo—, a los soviéticos y en concreto a Stalin, no les era geopolíticamente conveniente que ella estuviese defendida o dominada por Alemania (p.261) —análogamente, en nuestros días para el actual líder ruso, Vladimir Putin, no es geopolíticamente benéfico el que haya una Ucrania dominada por la OTAN—. La Ucrania occidental nominalmente dominada por Alemania durante el primer tercio del siglo XX se transformó en una plenamente ocupada por los germanos nazis durante la Segunda Guerra Mundial, ergo, se convirtió en un desolador campo de batalla y en un cementerio enorme de judíos, de comunistas y de otros grupos (pp.271-284). Los ucranianos comenzaron a recuperarse económicamente de la destrucción nazi hasta 1947 cuando un joven L. Brezhnev, secretario primero de la región de Zaporizhia, lideró la reconstrucción de la zona (p.293). Pero estos avances se vieron trastocados por una nueva hambruna ocurrida de 1946 a 1947 (p.293). Plokhy no olvida mencionar con detalle la transferencia de la región de Crimea a Ucrania para celebrar los 300 años del Tratado de Pereyáslav. Esta transferencia tendría como consecuencia otro trastocamiento geopolítico, sin embargo, en su momento se trató de una cesión con motivos económicos más que políticos (p.299).

En fin, Plokhy nos presenta los altibajos de la administración soviética en Ucrania, lo cual implica describirnos la situación agrídulce de los ucranianos en una Unión Soviética monopolizada por los rusos. Es notable que el autor nos indique que la idea de que los ucranianos permanecieran en la esfera geopolítica rusa persistió incluso después de la caída de la Unión Soviética, y ello también a nivel internacional: por ejemplo, el presidente estadounidense George H. W. Bush secundó la postura de que Ucrania continuara unida a la nueva Federación Rusa (p.318).

Pero en contraposición con el “humor” internacional en los días de la caída de la Unión Soviética —esto es, un humor que tras el 1 de diciembre de 1991 consideró que, geopolíticamente hablando, “Ucrania” pertenecía a Rusia—, la mayoría de los ucranianos decidió por votación independizarse de Rusia (p.321); una decisión que, en efecto, cambió el devenir sociopolítico mundial (p.321) y no sólo el regional. Pero la tradición geopolítica seguida durante cientos de años por los ucranianos (al menos desde el siglo XVII) continuó en una nueva forma durante los 1990 y el siglo XXI. En otros términos, la tradición de que Ucrania pertenece a la esfera de influencia (geopolítica) rusa continuó durante los años 1990 en la forma de una serie de tratados (asimétricos) entre Rusia y Ucrania (p.324).

En fin, es evidente que los rusos tienen en los sucesos pretéritos de Ucrania bastante materia para justificar o pretextar su dominio sobre tal región-nación. Una forma eficiente que ha empleado Rusia para argumentar su derecho a tener la hegemonía en Ucrania es mediante la eliminación de la historiografía (ucraniana) que no es prorrusa (p.360) y a través del enaltecimiento de la historiografía que “corrobor” la irrefutable unión entre el pasado ucraniano y el pasado ruso, o que “corro-

bora” la idea de que los ucranianos son rusos, de que Ucrania es de hecho una *Little Rusia* (una Pequeña Rusia) (p.361).

Considero que el libro *The Gates of Europe* bien provee de una eficiente lección cultural: comprender que en la academia también se está librando una lucha radical entre la visión prorrusa de (la historia y de la geopolítica de) Ucrania y la visión prooccidental de (la historia y la geopolítica de) Ucrania. Por supuesto, si la guerra actual entre la Rusia de Putin y la Ucrania de Zelensky es ganada por la primera triunfará la visión prorrusa o filo-rusa, si es “ganada” por Zelensky triunfará la visión filo-occidental y pro-OTAN. Esto último es una conclusión quizá bastante obvia pero que tenemos que subrayar para no perderla de vista, porque la interpretación del pasado (político) que volverá a triunfar en Ucrania lamentablemente lo hará a través de la sangre, la violencia y el asesinato. Considerando el peso de la historia política y la tradición geopolítica de la región estudiada magisterialmente narrada por Plokhy en este libro—, y el considerable poder militar de Rusia, estimo que es más probable que la visión/gran-narración filo-rusa sea impuesta a los ucranianos —quienes, en contra de su voluntad, volverán a ser “rusos”—.

Francisco Miguel Ortiz Delgado  
Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades  
Departamento de Estudios Políticos  
Universidad de Guadalajara  
Email: fmiguelod@gmail.com